

puede conocer la verdad componiendo y dividiendo por su juicio. En este punto para Santo Tomás es lo mismo comparar lo concebido con la realidad, que juzgar, afirmar o negar, componer o dividir.

Con posterioridad, la autora ha de ocuparse de cómo se hace extensivo a la reflexión el paralelismo ya establecido entre verdad, adecuación, afirmación, composición y juicio. Para este propósito establece un orden que comienza por la relación verdad-juicio y que termina demostrando que es lo mismo juzgar que componer y dividir, citando al respecto la interpretación de Silvestre de Ferrara. Señala que hay coincidencia entre los tomistas en afirmar que la verdad es *adaequatio intellectus et rei*, pero cuando del juicio se trata queda todo reducido a la unión de sujeto-predicado, problema éste imposible de resolver si no se tiene en cuenta la naturaleza de la verdad y su relación con ella. El problema central del juicio es el conocimiento de la adecuación o conformidad entre el entendimiento y la cosa. En este sentido «ningún juicio del entendimiento está precedido por una enunciación aprehensiva», interpretación iniciada por Juan de Santo Tomás y que la autora considera inviable metafísica y gnoseológicamente. Finalmente, frente a la tarea de mostrar que *única-mente se puede conocer la verdad frente a la reflexión del entendimiento*, nos encontramos con un epílogo que contiene una exposición lineal y ordenada de los puntos fundamentales para lograr claridad sobre la temática.

En esta obra la Dra. Carmen Segura centra su atención en un tema clave, siempre presente cuando de la certidumbre del conocimiento humano se trata. La autora asume plenamente la dificultad que la respuesta implica cuando la pregunta va dirigida a la esencia de la verdad, y por esto retorna a la cuna de su tratamiento. Revisa los fundamentos en la respuesta de Santo Tomás de Aquino, y con absoluta claridad metodológica encamina al lector a la comprensión de su pensamiento, utilizando para ello la alternancia impecable del análisis y de la síntesis, en una perspectiva que trasciende el tratamiento lógico. Ha revisado la causa de exégesis divergentes en respuestas relevantes de autores modernos y contemporáneos. Para la autora, el haber soslayado la reflexión, explica la causa que traba e impide una respuesta satisfactoria a la pregunta por la verdad del conocimiento. Sin lugar a dudas, esta obra, lleva a cabo la recuperación reflexiva de la verdad, proyectando y abriendo su sentido con renovada actualidad.

Mirtha Rodríguez de Grzona

MARÍA JESÚS SOTO, *Metafísica del infinito en Giordano Bruno*. Cuadernos de «Anuario Filosófico», Serie Universitaria 47. Publicaciones de la Universidad de Navarra. Pamplona 1997. 89 páginas. ISSN 1-137-2176.

Doctora en Filosofía por la Universidad de Navarra, María Jesús Soto ocupa allí la cátedra de Historia de la Filosofía. Lleva publicados reiterados libros y artículos sobre las líneas de pensamiento que gestan la modernidad y derivan desde ella sus epílogos esenciales. *La metafísica del infinito en Giordano Bruno* se inscribe bajo este horizonte. En efecto Giordano Bruno, embriagado en las fuentes de la Nueva Ciencia, retoma la temática de lo infinito, presente desde los orígenes presocráticos, iluminándola con las nuevas Luces que comenzaban a alumbrar la modernidad filosófica. Siguiendo especialmente el materialismo de Demócrito y Lucrecio, el pensamiento del Nolano se convertirá en la musa inspiradora de una corriente de filosofía monista que encabezarán Spinoza, Diderot, Herder, Schelling y Hegel, entre otros (p. 13).

El objetivo central del texto que presentamos es, tal como lo indica su autora en la introducción, explicitar la finalidad última que ha alimentado el pensamiento de Bruno. Es decir, elucidar su esfuerzo por «fundar sistemáticamente una metafísica del infinito» (p. 13). A lo largo de la obra, María Jesús Soto afirmará que el interés bruniano es estrictamente metafísico. Su postulado de infinitud —divina y cósmica— no pretende extrapolar al ámbito filosófico tesis teológicas ni científicas, sino que surge de una motivación genui-

namente especulativa. No obstante creemos oportuno señalar que la infinitud cósmica de Bruno es meramente extensiva. No hay en él una contemplación de las profundidades del ser finito, de su intensidad entitativa y su valor particular, sino una preconcepción de la ilimitación espacial del universo.

La introducción del texto pasa revista tanto a los múltiples escritos del filósofo de Nola, como a las diversas interpretaciones de que ha sido objeto. Se detiene especialmente en su lectura idealista que, de la mano de Jacobi, alimentará el pensamiento spinoziano y el romanticismo alemán. El cuerpo de la publicación se articula en tres capítulos que responden a los tres núcleos especulativos fundamentales de Bruno (p. 14). A saber: 1) El Absoluto como Principio y Causa del universo; 2) La manifestación del Absoluto; 3) La posibilidad de apertura al Absoluto por la razón humana.

El capítulo primero, «La consideración del Absoluto», trata la mutua implicación de Dios y el Universo. Tal como lo afirma el denominado gran principio nolano: *Non c'è Dio senza mondo* (p. 19), porque el mundo es «el desenvolvimiento de la esencia divina» (p. 30). De aquí que, para conocer a Dios, haya que considerar su actividad esencial: la producción de un universo necesariamente infinito. El único acceso al Absoluto es su manifestación sensible, cayendo fuera de la indagación racional y filosófica la pregunta por la trascendencia. El Nolano nos descubre una «naturaleza divinizada» y una «divinidad naturalizada», clara manifestación, asiente la autora, del principio de autonomía moderna que dará, pasos mediante, en el deísmo racionalista y en el monismo inmanentista (p. 34). Para Bruno el Absoluto es, a la vez que causa del universo, principio que le permanece inmanente. Dios no sólo está presente a su obra, sino que la es, constituyéndose en la eterna sustancia universal. María Jesús Soto examina en este punto las tesis brunianas que hacen de Dios causa eficiente, formal, material y final del mundo. En cuanto eficiencia universal, el Alma del mundo produce las formas particulares de las cosas. Pero como estas formas son patrimonio exclusivo de su sabiduría, Dios es también causa formal inmanente a los seres. La inteligencia universal, actuando desde el interior de la materia eterna, genera aquellas ideas que esta última posee como posibilidades suyas. Ahora bien, el Absoluto es en Bruno no sólo pura actualidad, sino también potencia pasiva que se corresponde perfectamente con su potencia activa (p. 49). De este modo afirma: «la potencia activa y la potencia pasiva no forman sino una unidad y son por lo tanto lo mismo, y no hay filosofía o teología que dude en atribuirle al Primer principio sobrenatural» (p. 50). Como consecuencia de lo antedicho, Dios pasa a ser la materia eterna del mundo que despliega su unidad en la multiplicidad de las cosas. Es el principio sustancial del cual las formas particulares no son sino accidentes. Aquí sostiene la Dra. Soto que, pese a ser la de Bruno una filosofía de la unidad, no cabe hablar en ella de identidad total ya que dos modalidades de ser, la de la implicación y explicación, constituyen un intento de diferenciación (p. 51). En último término, Dios es también causa final del universo, pero se trata de una causa que a su vez finaliza en el cosmos la manifestación de su infinitud. No es fin en sí misma, sino en su subordinación al mundo (p. 55).

El segundo capítulo, «La manifestación del absoluto», se ocupa de la infinitud cósmica. Según la autora, la motivación infinitista del pensamiento bruniano hunde sus raíces en el pensamiento griego, neoplatónico y, a posteriori, cusano (p. 59), y cuestiona directamente los fundamentos aristotélicos y medievales del mundo. El Nolano argumenta su tesis apoyándose en la infinitud y omnipotencia de la causa eficiente. Dios hizo un universo infinito porque, al obrar según la necesidad de su esencia, no podría hacerlo de otro modo. Coherente con su afirmación de la identidad entre la potencia activa (*posse facere*) y la pasiva (*posse fieri*), resulta que no sólo el mundo puede ser hecho, sino que es hecho infinito, tal cual lo exige la omnipotencia de su causa. El postulado de la infinitud cósmica da origen, en palabras de María Jesús Soto, al Renacimiento, y derivará en autores tales como Spinoza, Jacobi, Schelling, Hegel y el romanticismo alemán (p. 64). La relación necesaria entre la causa y el efecto pone entre paréntesis la contingencia del mundo, su creaturidad y la distancia del Absoluto. Dios y el cosmos son una misma infinitud, pero bajo distintos aspectos. En este sentido dice Bruno: «Llamo al universo "todo infinito" porque no tiene

bordes... ; digo que no es totalmente infinito porque en cada parte de él que podemos considerar es finito... Llamo a Dios "todo infinito" porque excluye de sí todo término...; y llamo a Dios "totalmente infinito" porque El, todo entero, está en todo el mundo y está infinitamente y totalmente en cada una de sus partes» (p. 71). Según María Jesús Soto la exigencia de unidad e inseparabilidad entre Dios y el realizarse de la naturaleza que atraviesa la especulación bruniana lleva a sus últimas consecuencias el principio cusano de la coincidencia de los opuestos (p. 73), orientándolo en sentido immanentista. Así, el cosmos debe resolverse en términos de identidad con su Unidad Complicante. Pero se trata de una unidad que contiene la diferencia porque el Absoluto es todo, en cuanto fundamento, y a la vez no coincide con nada determinado (p. 74). Se patentiza aquí el esfuerzo del Nolano por salvar la distinción entre Dios y el mundo, aunque su Dios sea un Dios immanente, cuya identidad permanece en el universo mismo.

El último capítulo, «Acteón y la tragedia de la razón», plantea la pregunta por la posibilidad del conocimiento humano del Absoluto. El fundamento del universo no puede ser investigado sino en la medida en que reluce o es la naturaleza misma. Sobre ésta última recae la reflexión filosófica, silenciándose la trascendencia Divina. Subraya aquí nuestra autora que no se trata de un silencio respetoso ante lo que constituye el misterio insondable de lo divino, hecho fundamental de la teología negativa, sino de una negatividad que significa la esterilidad de la reflexión filosófica sobre la trascendencia, la cual, aunque posea alguna realidad, no contiene ninguna utilidad para el filósofo (p. 82). De este modo trasluce el pensamiento bruniano una racionalización de la fe así como una admisión de la teoría de la doble verdad (p. 82, nota 233). El Dios de Bruno no es ni persona, ni creador, ni providente. Su inmanencia quiebra la posibilidad de relación entre la razón y el Absoluto, y cuestiona gravemente el fin último del hombre: aquella deificación lograda en la contemplación intelectual del Absoluto que el Nolano propusiera al hombre como su último fin (p. 86). El máximo objeto de conocimiento humano es el universo (p. 80). En esto radica la tragedia de la razón: el Absoluto sólo puede ser captado en cuanto immanente, ausente en cuanto tal e inaccesible como Absoluto. El intelecto, simbolizado por Bruno en el mítico Acteón, queda atrapado en una infinitud cósmica —la Diana cazadora— que le impide el ascenso a la verdadera infinitud. Permanece en una búsqueda sin término, donde jamás hallará sosiego (p. 88).

Nuestra autora concluye su obra señalando que la contribución de Giordano Bruno a la filosofía ha sido la «eliminación del principio teológico de la filosofía» (p. 88). El Absoluto cumple, dentro de este pensamiento, la función de un principio metafísico immanente capaz de explicar los procesos naturales, pero diluido a su vez en ellos.

En síntesis, Bruno establece «el primer paso en la historia de la filosofía moderna hacia la secularización de lo divino» (p. 89) y, agregamos, hacia la disolución del ser finito liderada, a la postre, por el ateísmo idealista.

Reconocemos en el presente texto un valioso aporte al estudio de la historia de la filosofía moderna. Las tesis de Giordano Bruno que se suceden a lo largo de la obra son presentadas por María Jesús Soto desde su génesis esencial, y proyectadas en su devenir histórico. Un excelente aparato crítico enriquece las diversas afirmaciones con reiteradas referencias y citas tanto de las obras del Nolano, como de sus comentaristas más importantes. Se suma a la fecundidad del libro una constante contraposición del pensamiento bruniano con el medieval, y especialmente el tomista.

María José Binetti

GABRIEL ZANOTTI, *Epistemologia da economia*. EDIPUCRS. Porto Alegre 1997. 110 páginas.

Este libro que Gabriel Zanotti escribió en 1993 ha sido traducido al portugués por Júlio Cezar R. Pereira y publicado por la Editorial de la Universidad Católica de Rio Grande do Sul. En el mismo, Zanotti presenta una propuesta epistemológica para la eco-